

una curación.—Tentados estamos á poner aquí término á la compasión, dejando paso libre á la indignación. ¡Pero no! Merecen nuestra compasión aun los más desgraciados y los más abandonados, que, de tal modo se han burlado de la felicidad, que no creen en ella, y juzgan que hay que desconfiar de ella como de las más grandes ilusiones.

Hay otros que la merecen más todavía, y son los que se dejan aconsejar de ellos. ¡Desgraciados, están mal aconsejados! Y si, en compensación del Cristianismo que rechaza el mundo, no sabe ofrecernos el mundo, como resultado de la civilización, otra cosa que esa formación y ese empleo de la vida, pocos motivos tenemos para envidiar sus conquistas, y muchos para quejarnos de las que nos ha traído.

Y, sin embargo, gracias á una misericordiosísima disposición de Dios, en el castigo del mal hallamos la prueba de que nos es necesario el remedio. No es difícil reconocer lo que Dios quiere, si tan profundo vacío les hace sentir á los que de él se alejan ó se conducen como extraños para con él. Lo demostró el paganismo de los antiguos tiempos con aquel malestar intenso que hacía desear lo porvenir. Hoy, ese doloroso sentimiento que nos produce una llaga interior, y que jamás evitará el que huye de Dios, ese sentimiento que jamás dominará ningún tumulto, es una exhortación á mirar atrás, y á considerar, en medio de los tiempos, el lugar de Aquél que es nuestra paz. Y si nos parece demasiado larga esa distancia, nos invita á dirigir la vista á los días de nuestra felicidad, cuando, con alegre sumisión á su ley, gozaba nuestra alma de un reposo con el cual ninguna felicidad podía compararse.

CONFERENCIA IX

SIN RELIGIÓN NO HAY HOMBRE COMPLETO

1. Negación de la necesidad de la Religión para la moralidad de la vida.—No existe tan temerario y tan insensato arquitecto que quiera levantar un edificio sin abrir cimientos proporcionados, y sin tener á mano los materiales necesarios. Y suponiendo que pensase en obrar de esta manera, tendríanle por loco los testigos de su obra, opondríanse á su irracional designio las autoridades, y haríanle responsable los tribunales de todos los perjuicios que pudieran resultar. Pero á nadie se le ocurre obrar así. De ordinario, cuanto más importante es el edificio, tanto más sólida ha de ser la base; cuanto más considerables sean las dimensiones que se le quieren dar, tanto mayor será el peso que ha de soportar, y, por consiguiente, tanto más sólidos han de ser los puntales destinados á sostenerlo.

Así piensa y así obra todo hombre racional en las diferentes situaciones de la vida. El que emprende un viaje de algunas horas, toma un bastón que le sirva de apoyo. El que está fatigado y quiere descansar, mira primero si es capaz de sostenerlo el objeto al cual va á pedir apoyo. El que piensa formar un hogar, busca una compañera que le ayude á llevar las cargas y los cuidados domésticos; y aun el que ha de colocar un vaso que no vale más que algunos céntimos, comienza por examinar si es bastante sólido el soporte en que lo ha de sustentar.

Sólo cuando se trata de la vida entera, cuyo valor es inestimable, de la vida con todos sus cuidados, con todas sus cargas, con todos los pensamientos que entraña, no teme

prescindir el hombre de esas medidas de precaución, en cuya omisión no incurriría tratándose de cosas de importancia secundaria. Y no son sólo los espíritus irreflexivos y ligeros los que creen establecer sólidamente su vida, sin que esté firme el suelo en que se apoyan, sino los pensadores, los escritores y todos los que, al enseñar á los demás el camino, con premeditación y con mucha palabrería, quieren generalizar en la humanidad la convicción de que puede prescindir muy bien de todo apoyo para soportar el peso de esta vida, y para facilitar, á través de las miserias de aquí abajo, el largo y penoso viaje hacia un porvenir sombrío é incierto. Y en verdad que no están poco orgullosos de haberse expresado con palabras tan sonoras y de haber descubierto una sabiduría más elevada que la del Cristianismo. Sólo con ella llegará el hombre á la libertad. El Cristianismo ha tenido ciertamente la intención de recluir á la humanidad en un hospital, enseñando que necesita muletas religiosas; porque cuanto más empeño ha puesto en creer que no podía vivir sin religión, más dócilmente se ha dejado llevar á servir sus miras egoístas. Pero esto no debía durar eternamente: había de llegar el tiempo de la mayoría de edad de la humanidad, y tocaba á la moderna civilización anunciarle esa nueva, é introducirla en el mundo. En adelante, el hombre no necesitará de andadores con que se afirman los vacilantes pasos del niño que anda por primera vez. En adelante podrá pasarse sin religión la humanidad; podrá presentarse por sí misma, y no necesitará apoyo extraño; no tiene más que ensayar sus propias fuerzas, que todavía no conoce, para darse pronto cuenta de que fácilmente puede prescindir de toda ayuda extraña. En otros tiempos, cuando se apoyaba en los brazos de la Religión, andaba con lentitud, tropezando á cada paso; ahora, que ha tirado las muletas, rápidamente, por sus propias fuerzas, llena de valor y sin obstáculos, llegará á ese fin de donde hubiera estado alejada eternamente, siguiendo la primera vía.

2. Misteriosa fuerza de atracción que ejercen la

incredulidad y la irreligión.—Peligrosa es la tentación encerrada en estas palabras; cuenta con la más delicada de todas las pasiones, á que están expuestos aun los que han atestiguado que estaban fuertemente templados contra el aguijón de la carne; á saber, con el orgullo del espíritu. Á esta tentación sucumbió el primer hombre en la flor de su belleza intelectual y en la plenitud de sus energías; no hay que extrañarse de que los afectos de hoy sean idénticos á los de los primeros días de la humanidad. ¡Bástase á sí mismo el hombre! ¡puede pasarse sin Dios! ¡es como Dios! ¡en sus propias cosas puede reemplazar á Dios! ¡Puede encontrarse algo más seductor para el corazón del hombre? Pues en esto estriba toda la misteriosa fuerza de atracción que toda incredulidad y toda irreligiosidad ejercen. Sin interés, no hay incredulidad. ¡Es locura creer todavía en el desinterés de la gran mayoría de los hombres! Si no produjera el Cristianismo algunos aislados héroes del sacrificio, la palabra desinterés sería considerada como mentira en todas partes. Sólo la virtud heroica puede ser practicada sin tener delante la perspectiva de ventaja alguna; por otra parte, sólo del mundo real habla este axioma del Derecho: «Cada uno trabaja para su provecho»; porque no hay quien haga la menor cosa sin tener en vista alguna utilidad personal, aun cuando sea bueno y permitido tal intento. Mas la incredulidad y la irreligión no son virtudes que se distinguan por el heroísmo, ni siquiera en sus más acérrimos aduladores. Nadie que conozca el mundo cree hoy en la irreligión y en la incredulidad desinteresadas; nadie renuncia á la razón; nadie, cuando se trata de la vida moral y religiosa, expone principios considerados como locura y rechaza verdades que siempre fueron estimadas como inviolables, si de ello no saca algún provecho. Á veces, ese provecho huele á metal, otras veces es algo palpable; ya es una dulce sonrisa, ya la satisfacción de un vil placer, ora un gracioso juguete, ora la perspectiva de un honor ó de un favor cualquiera. En todo esto se busca siempre agradable complacencia, con cuya eficacia cuenta desde el

principio el astuto seductor, pronunciando después estas palabras: «Seréis como dioses». ⁽¹⁾ Es tan delicada esta complacencia, que no siempre se impresionan los nervios rudos habituados á satisfacciones groseras. Sin embargo, no deja de hacer su papel con bastante éxito, ya sola, ya acompañada de más sensibles motivos de excitación. Sin razón se alborota la incredulidad, si encuentra en ello pecado la Religión. ¿No es irritante, dicen, colocar en la misma línea á los asesinos, á los grandes ladrones y á los divorciados, que á los que no se conforman con las exigencias de la Religión cristiana? Pero no se trata de eso. No hay más que leer el Dante, para ver que, siguiendo su opinión, les señala un lugar especial, y especial también á los incrédulos, y por cierto que está bien lejos de ser elevado el lugar de éstos. Hace imponer menor castigo á los que tuvieron eclipsada la razón bajo la influencia de la carne, ⁽²⁾ porque excusa merecían la viciada sangre de Adán y la debilidad de la naturaleza humana. ⁽³⁾ Pero cuanto más se aproxima el pecado al pecado puramente espiritual de los ángeles caídos, menos humano es, más reflexión y meditación supone, y es por consecuencia menos excusable. ⁽⁴⁾ También el Cristianismo conoce bien el corazón del hombre, y tiene en cuenta la realidad de las cosas; por eso son para él pecado, y de los más grandes, la incredulidad y la irreligiosidad. En circunstancias especiales, es considerado como el más grave, porque, tanto la una como la otra, tienen origen en la raíz del orgullo, y del más elevado orgullo, del que se llama orgullo del espíritu. ⁽⁵⁾

3. Locura del pecado y, en particular, de la incredulidad.—Pero si es locura el orgullo, lo es en este caso principalmente. Considera el hombre como insoportable rebajamiento la obligación de someterse á Dios, y como incom-

(1) Génesis, III, 5.

(2) Dante, *Purgatorio*, 5, 39.

(3) Sto. Tomás, 1, 2, c. 77, a. 6; c. 73, a. 6, ad. 3; 2, 2, c. 150, a. 4, ad. 3

(4) *Íd.*, 1, 2, c. 73, a. 5; 2, 2, c. 162, a. 7.

(5) *Íd.*, 2, 2, c. 10, a. 3.

patible con su grandeza, que le diga el Cristianismo: «Hazlo todo por amor de Dios, tu Criador, por obediencia á la voluntad de tu soberano Dueño, para llegar á Dios, tu último fin». Muy mezquino, muy bajo le parece someterse á semejante doctrina; teme que será obstáculo para su viril desarrollo, que perjudique á su independencia y atente á su honor. ¿Y qué pondrá en lugar de lo que desecha? Para él es demasiado poco apoyarse en Dios. ¿Hallará un soporte más fuerte, más poderoso? ¡Imposible! Porque no sólo no tiene razón, sino que obra locamente. «No hay pecado en el hombre que no sea una «locura»; ⁽¹⁾ no fuera pecado, si no fuera locura, porque «la falta de prudencia es la que lo hace pecado». ⁽²⁾ «La razón es siempre la regla de conducta de toda humana actividad». ⁽³⁾ Se sigue de ahí que todo pecado del hombre consiste en que «la pasión arrastra la voluntad en contra del juicio y de la razón». ⁽⁴⁾ Por eso, «es señal común á todo pecado la falta de prudencia», ⁽⁵⁾ y «jamás se hallará perfecta y verdadera prudencia entre los pecadores». ⁽⁶⁾ Sin embargo, no es común que se presente el hecho en forma tan clara como en el presente caso.

4. Descubrimientos debidos á un nuevo principio de moral.—Para demostrarlo con más precisión y claridad, basta dirigir una mirada á la historia de la moral desde los tiempos de la gran apostasía de los principios cristianos. Desde la segunda mitad del siglo XVIII se ha extendido por toda la humanidad tal espíritu, que hace pensar en la palabra del profeta: «Mezcló el Señor en él un espíritu de vahido, é hicieron errar á Egipto en toda su obra, como va errando un embriagado que vomita». ⁽⁷⁾ Las palabras libertad, emancipación, independencia, le lle-

(1) Prov., XIV; Eclesiastés, XI, 16.

(2) Sto. Tomás, 2, 2, c. 54, a. 1, ad. 2.

(3) *Íd.*, 1, 2, c. 58, a. 2.

(4) *Íd.*, 1, 2, c. 77, a. 1, 2.

(5) *Íd.*, 2, 2, c. 53, a. 2.

(6) *Íd.*, 2, 2, c. 47, a. 13.

(7) Isaías, XIX, 14.

varon al odio de la Religión tan inconsideradamente como á la guillotina. En lo político, ya se ha visto la suerte que ha tenido la libertad de los hijos de Dios, que ellos rechazaron; pero no carece de interés la consideración de la suerte que ha cabido, en la vida moral, á la libertad de conciencia, á la gozosa y pronta sumisión á la ley de Dios.

La Revelación Divina ha reducido todos sus preceptos á esta sola máxima fundamental: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo». ⁽¹⁾ «De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas». ⁽²⁾ Pero no se satisface con esto el espíritu moderno de que hemos hablado más arriba; parécele un principio contrario á la actividad humana. Porque en nada debe apoyarse el hombre moderno que esté fuera de él, y menos en Dios que en cualquiera otra cosa; quiere ser independiente en todo, y sobre todo con respecto á Dios; debe descansar sólo en sí mismo; pero la Religión es el gran obstáculo que se opone á sus designios. En este punto es necesario desterrarla completamente de la vida pública y de la vida privada; sólo así será verdaderamente libre el hombre; así existirá sólo para sí y podrá mostrar sus habilidades; y el mundo verá también así cosas admirables.

Para realizar este plan, se ha querido poner otro principio en lugar de esa máxima sublime del amor de Dios, citada más arriba; un principio en que pueda encarnarse la nueva moral independiente, como en el otro lo había hecho la moral religiosa de la Revelación. Fué una lástima. Todos se pusieron á inventar nuevos principios, pero nadie estaba satisfecho de ninguno, excepto el inventor; y fué tal el número de inventores, fué tan considerable y tan singular, que, por más de un concepto, recordaba la extraña confusión que reinó en Babel, cuando la construcción de la torre. Fueron tan extrañas las nuevas fórmulas, que nos daban derecho á esperar que se hubiesen servido sus inventores de cierta circunspección antes

(1) Deut., VI, 6; Lev., XIX, 18; S. Mateo, XXII, 37 y sig.

(2) S. Mateo, XXII, 40; Rom., XIII, 9; Galat., V, 14; Santiago, 11, 8.

de darlas á luz; pero no se tomaron el trabajo de examinarlas maduramente antes de atacar á la doctrina católica. Tenían la seguridad que todos conocemos, cuando recordamos uno de los momentos de nuestra niñez, el momento en que salimos de la casa paterna, vestidos de nuestros primeros, aunque primitivos calzones. Nos convencimos de repente de que en nuestra persona aparecía en el escenario de la vida un nuevo género humano, y hasta nos parecía contar con atrevimiento bastante para someter el siglo á nuestro tribunal. Fuerte es la comparación, pero que diga si lo es demasiado el que conozca la época.

Hablando propiamente, el primer autor de esas fórmulas de moral fué Cristiano Wolff, el padre del más árido racionalismo, del racionalismo filosófico, el sincero imitador de los chinos, personaje al que nadie igualará en formalismo pedantesco. Cuando toma la palabra, ¡adiós religión sobrenatural! Cuanto él no reconoce como obligación natural y como derecho de la naturaleza, no tiene derecho de ciudadanía en el nuevo templo de la humanidad pura, cuyas puertas quiere ser el primero en abrir. Con el mismo inexorable rigor con que quiere demostrar la inconveniencia que hay en que al comer hagan ruido los labios, demuestra la falta de solidez en la creencia de la eternidad de las penas del infierno; según su sistema, son dos pecados de igual gravedad ante el derecho natural. Y como todo es natural, ningún lugar ocupa el mandamiento del amor de Dios; cree que está ya incluido en esta fórmula: «Haz lo que te ha de perfeccionar á ti mismo, lo que ha de perfeccionar tu estado y el de los demás; apártate de todo lo que no conduzca á este fin». Está íntimamente persuadido de que, si se admiten esas fórmulas generales, la embriaguez desaparecerá para siempre de la faz de la tierra, porque saben todos que, al estado momentáneo de felicidad, producido por la embriaguez, sucede un estado de malestar. ⁽¹⁾ Así piensa también, que se evitarán los otros pecados, sean cuales fueren, si en la escuela materna se

(1) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, II, II, 352.

tiene cuidado de vaciar los jóvenes corazones en su nuevo principio de moral.

Sin embargo, no participaron otros reformadores de la convicción de que esa fórmula completamente inaceptable, pudiera suplantarse la del Cristianismo. Inventaron otras. Canz presenta este principio como regla suprema de la conducta moral. «Obra según tu conciencia y tu provecho propio; obra según la conveniencia y el provecho de los que obran moralmente». Y añadió una segunda, porque no le convenía á él la primera, y es como sigue: «Haz lo que está en armonía con el fin y con la causa de las acciones». (1)

Es enteramente natural que tenga el segundo tan poca utilidad para la vida práctica como el primero, y que la tenga éste tan poca como el de Wolff. Por lo tanto, inventó otros dos Buddens, y dice el primero: «Considera como el más elevado bien el que contiene todas las exigencias del bien supremo, y todo lo que presta algún auxilio á nuestra miseria»; y dice el segundo: «Haz todo lo que naturalmente puede mantener tu estado corporal». Desde el punto de vista de la claridad, no son estas máximas de las que convencen de su excelencia al mundo. Otra, resumida en estas palabras, buscó entonces Moisés Mendelschon: «En la proporción que puedas, mejora tu condición interior y exterior, lo mismo que la condición de tu prójimo». (2)

Ni Lessing pudo resistir á la tentación de concluir con la manera detestable que tiene el Cristianismo de concebir los deberes que nos incumben aquí abajo; introdujo una nueva fórmula semejante á las precedentes, queriendo asegurarse así en el dominio religioso y moral el honor de quitar á Dios y á su Cristo la gloria de legislador supremo para todos los tiempos y para todos los hombres; creyó conseguir su objeto condensando su pensamiento en esta lacónica frase: «Obra conforme á tus perfecciones in-

(1) Stäublin, *Geschichte der Moralphilosophie*, 931.

(2) *Id.*, 941 y sig.

dividuales». (1) Pero el primero que cayó, víctima de la suerte que había reservado al principio de la moral cristiana, fué él. Apareció entonces otro personaje más valiente que Lessing. Llevando consigo todo un arsenal de principios, barrió á Lessing de su camino. Este personaje no es otro que el mismo Kant, quien era tan liberal, como mezquino Lessing. «Obra de modo, dice, que pueda tu voluntad erigir en ley universal la regla de tus actos». «Obra según un fin absoluto que encierre en sí todos los fines relativos é interesados. Obra de modo que en tu persona, lo mismo que en la de los demás, te sirvas siempre de la humanidad como fin, nunca como medio. Obra, como si con tu máxima fueras un miembro legislador en el imperio de los fines». (2)

No hay que extrañarse si con todas estas frases tan abstrusas no quedó satisfecha la humanidad. Más extraño es que, sin que nada le hayan enseñado todas las desgraciadas consecuencias que han llevado consigo las anteriores, se lance, con nuevos bríos, á buscar otras reglas de moral. (3)

Vino en seguida Juan Gottlieb Fichte. «Puedes, dice, todo lo que debes; debes ser absolutamente independiente del instinto, y posees esa independencia en tu cualidad de hombre». (4) «Cumple en todas las circunstancias tu destino». (5) Todos tus actos formen parte de esa columna de ataque, cuyo fin es tu absoluta independencia. Hazlo todo conforme á tu último fin». (6)

Tales son sus principios, cuya aplicación es visiblemente más imposible que la de los principios de Kant. Era necesario esperar á que se familiarizase el mundo con semejante jerga antes de dar semejantes leyes morales. Mas ¡no! Schleiermacher sobrepujo todavía á Kant, y de tal modo creyó en

(1) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 342.

(2) *Id.*, 354.

(3) K. Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, (1) IV, 115, 246.

(4) J. G. Fichte, *Die philosophische Lehre von Recht, Staat und Sitte in XVIII Jahrh.*, 136.

(5) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 623.

(6) K. Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, V, 726.